

México frente al mundo multipolar

Para los observadores del escenario político y económico mundial se perfilan ya desde hace varios años los cambios fundamentales en las relaciones entre distintos centros de poder. Durante los primeros veinticinco años de la posguerra hemos vivido en un mundo relativamente sencillo compuesto de las tres partes: Estados Unidos y la URSS con sus respectivas zonas de influencia directa y las llamadas periferias o el Tercer Mundo que buscaba acomodamientos de distintos grados con los dos respectivos centros del poder. Hoy día el cuadro es muy distinto y mucho más complicado. En vez del mundo bipolar nos enfrentamos a cinco centros de poder. El bloque de los países de libre empresa, encabezado por Estados Unidos, se descompuso progresivamente en tres subgrupos —Estados Unidos, Europa occidental (en su mayoría integrada en la Comunidad Económica Europea) y Japón. Los conflictos político-económicos acabaron con la unidad del bloque socialista. En su lugar tenemos hoy dos centros de poder: la Unión Soviética con su zona de influencia en Europa central y el Medio Oriente, y la República Popular China rodeada de sus aliados o semialiadados en Asia y ciertas partes de África.

Esta nueva situación mundial ofrece nuevas posibilidades para los países en desarrollo, entre los que se encuentra México, y ha sido captada con gran claridad por su presidente, Lic. Luis Echeverría, como consta en su discurso al Congreso de la Unión del 21 de febrero en el que explica el porqué de su próximo viaje a Canadá, varios países de la Comunidad Económica Europea, la Unión Soviética y la República Popular China. En esa ocasión el presidente Echeverría expresó que:

La aparición de nuevos centros de poder, la destrucción de alianzas que parecían inmovibles, la disminución de las tensiones y el entendimiento —primero secreto y luego manifiesto— entre antiguos rivales, indican con claridad que hemos llegado al término de la “guerra fría”.

El tránsito del bipolarismo al policentrismo ha terminado con una mayor participación de las naciones medianas y pequeñas en los foros internacionales. Merced a la decisión con que son planteadas y a la razón en que se fundan, sus posiciones y demandas comienzan a ser tomadas en cuenta por la definición del orden que habrá de regir el mundo en los próximos decenios.

Para los países en vía de desarrollo, permanecer al margen de las grandes corrientes del pensamiento, de la tecnología y del capital, significaría la prolongación de las secuelas coloniales y el afianzamiento de las esferas tradicionales de influencia.

Tal peligro, de hecho existe, como puede apreciarse, por ejemplo, en el fortalecimiento de la influencia de Japón en el Lejano Oriente y Asia sudoriental y de las fuertes corrientes que dejan sentirse en la Comunidad Económica Europea para estrechar sus relaciones político-económicas con la región del Mediterráneo y con la parte árabe y negra del continente

africano. Si estos intentos enfrentan obstáculos, esto se debe obviamente al ambiente de nacionalismo político-económico prevalente en todo el Tercer Mundo. El número creciente de los países medianos y pequeños se niegan a dejarse incorporar a las nuevas zonas de influencia neocolonial y, particularmente, someterse al control financiero y tecnológico de cualquiera de los cinco nuevos centros de poder. El Tercer Mundo y sus distintas partes quiere encontrar el nuevo *modus vivendi* en el orden político multipolar y busca un nuevo tipo de relaciones con los cinco superpoderes. Extendiendo una frase del mencionado discurso del presidente Echeverría ante el Congreso de la Unión: los países de las llamadas periferias “no quieren ser espectadores inertes de la historia” ya que sus intereses y objetivos nacionales no coinciden necesariamente con los de uno y otro gran superpoder.

En función de su poder relativamente débil al nivel nacional los países del llamado Tercer Mundo difícilmente pueden entrar en el nuevo juego internacional en condiciones de igualdad con las potencias. La única estrategia viable consiste en unir sus fuerzas y encontrar algún denominador para la acción futura conjunta. Es aquí donde se ve la importancia de las visitas del Presidente de México a la sede de las Naciones Unidas en octubre de 1971 y a la Tercera Conferencia de la UNCTAD en la primavera del año pasado.

En sus relaciones futuras con los grandes poderes, el Tercer Mundo necesita urgentemente el establecimiento de nuevas reglas de conducta político-económica en el ámbito mundial. La propuesta del presidente Echeverría de que se elabore la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados tiene exactamente este propósito. Otros asuntos específicos que interesan tanto a México como al resto de los países en desarrollo son la desnuclearización del Tercer Mundo (la extensión a otras regiones en desarrollo del llamado Tratado de Tlatelolco) la participación representativa de los países medianos y pequeños en la reforma que se está preparando del sistema monetario internacional, y, finalmente, la aceptación por las grandes potencias de la tesis sobre el control nacional de las 200 millas de “mar patrimonial”. En cada uno de estos campos y en distintos foros internacionales México está luchando para que estos objetivos se traduzcan en compromisos legales de todas las partes interesadas. Si bien el progreso sigue siendo lento se está ganando poco a poco el terreno entre los países avanzados más progresistas.

El intento de analizar el contenido político-económico del próximo viaje intercontinental del presidente Echeverría tiene que tomar como punto de partida no solamente sus visitas previas a las Naciones Unidas y la UNCTAD sino sus viajes a Washington y Tokio. Su viaje próximo tiende a cerrar un círculo con visitas a las demás capitales del mundo multipolar-Bruselas, la sede de la Comunidad Económica Europea, Moscú y Pekín. Sería presuncioso pensar que nuestro Presidente intente entrometerse en las relaciones tan complicadas y multifacéticas entre Estados Unidos, la CEE, Japón, la URSS y China. Su propósito principal es explicar a los dirigentes de estas potencias la posición general del llamado Tercer Mundo y, particularmente, el hecho de que este último no quiere, como ya se ha dicho, “ser el espectador inerte de la historia”. El segundo propósito es buscar la manera de conseguir varios objetivos de orden nacional —que de ninguna manera van en contra de los intereses de los demás países en desarrollo. Según se entiende, son estas razones por las que se ha decidido incorporar en el viaje las visitas a Canadá, el Reino Unido y Francia. Se trata sencillamente de ampliar las relaciones comerciales y financieras con estos tres países tan importantes para México y que a la vez podrían considerarse los de mediano poder en el mundo occidental. En cada uno de estos tres casos es factible pensar en que México podría aumentar sus exportaciones, atraer los capitales y conseguir tecnología en condiciones ventajosas para nuestro país.

En lo referente a la URSS y China los objetivos económicos probablemente están superditados a los de orden político. El hecho es que nuestras relaciones económicas con estos dos países siguen siendo casi nulas, se explica en gran parte por las características del mundo de la “guerra fría”, que, como con certeza dijo el presidente Echeverría, ya pertenece al pasado. Sería pecar de ingenuidad pensar que el retraso de muchas décadas se podrá compensar a corto plazo. Empero, no cabe duda de que la visita del Presidente a Moscú y Pekín abre a México nuevas perspectivas en aquellas partes del mundo no tanto sólo en términos políticos sino también económicos. Del viaje intercontinental del Lic. Echeverría lo que se espera en el país es tanto el fortalecimiento de la imagen política de México en el ámbito mundial como la muy necesaria diversificación de nuestras relaciones económicas.

La nueva devaluación del dólar, otra manifestación de una larga crisis

En realidad no hay orden ni concierto en lo que seguimos llamando, más por inercia que por otra cosa, sistema monetario internacional. Un “sistema” que se caracteriza porque no tiene normas comunes cambiarias, porque vive con un patrón —el dólar— que no es convertible (unos 60 000 millones de dólares han acumulado las autoridades monetarias extranjeras) y que se devalúa como cualquier otra moneda (cosa que no debería ocurrir por sus funciones de unidad de cuenta, guardavalor e instrumento de pago) y porque va perdiendo, cada vez más, los elementos que le dieron la naturaleza de un sistema. El gran centro de autoridad de éste, el Fondo Monetario Internacional, se reduce a un simple registro de las decisiones que, cada cual por su lado, van tomando sus miembros y pone sus esperanzas en un Comité de Veinte —de hecho son alrededor de ochenta— nombrado para reformar lo que, crisis tras crisis, está dejando de existir: un sistema monetario internacional.

Cuando en diciembre de 1971 se llegó al acuerdo de realineación monetaria conocido como Acuerdo Smithsoniano, con devaluación del dólar respecto del oro en 8% y revaluación de varias monedas de países industriales, hubo dos interpretaciones optimistas: una excesiva, que daba por seguro que el acuerdo era algo extraordinario, el más grande de la historia económica del mundo, y que garantizaba estabilidad financiera para muy largo tiempo. En junio de 1972, un semestre después, la libra tenía que romper la realineación y entrar en flotación.

La segunda interpretación optimista era que el Acuerdo Smithsoniano, sin ser nada grandioso, iba a evitar que las relaciones monetarias internacionales padecieran nuevas crisis, dando al Comité de los Veinte el tiempo necesario para llegar a una solución. Ni siquiera se ha podido cumplir una previsión tan razonable; la devaluación de febrero ha trastornado todo y ha enconrado al Comité de los Veinte bastante cerca de su línea de partida, es decir, habiendo avanzado muy poco. Seguimos a enorme distancia de la reforma del sistema, la cual, como van las cosas, se está convirtiendo en la “mítica reforma”.

Porque la devaluación de febrero no es un fenómeno aislado, ni siquiera una crisis dentro de una serie de ellas; es una manifestación más de una misma y sola crisis que está viviendo la economía mundial desde hace varios años, crisis a lo largo de la cual cambian las posiciones de los participantes, se trasladan de un lugar a otro los puntos de fuerza y los de debilidad, se transforman los decorados y los protagonistas, se agitan los responsables y toman decisiones para remediar el mal funcionamiento y, en fin de cuentas, salen de una fase aguda para caer en otra. La crisis perdura y se prolonga y lo más notable de ella —con su duración— es la diversidad de formas que adopta.

Se ha alcanzado una coyuntura, ahora en febrero, en la que la crisis se ha vuelto más inmanejable y más desconcertante. Podría decirse, sin exagerar, que se está yendo de las manos de las autoridades políticas y económicas de todos los grandes países, las que no sólo no consiguen concertarse ya para suscribir un acuerdo, aunque fuese tan frágil y efímero como el de diciembre de 1971, sino que por un lado atribuyen en seguida a las medidas que adoptan el carácter de un primer paso hacia algo más eficaz y vigoroso y, por otro, no disimulan sus amenazas y sus advertencias a los otros.

La naturaleza grave de la crisis —engendrada por el propio sistema económico— explica que los esfuerzos y los arbitrios con los que se intentó a lo largo de un año reforzar el Acuerdo Smithsoniano no hayan podido salvarlo. Ahora la realineación se ha hecho en peores condiciones que en diciembre de 1971; entonces, aunque bajo la presión del recargo del 10%, por lo menos hubo una discusión general en un foro común y se examinaron diversos aspectos técnicos de plan de salvamento que se iba a aprobar. En el presente mes de febrero lo que hemos presenciado es un forcejeo desconcertado, dentro del cual se ensayó (Alemania occidental) el fortalecimiento de los

controles como una solución para contener la inundación de dólares y para evitar la revaluación y la flotación; se ensayó también el doble mercado (Italia) y la flotación (Suiza). Mientras, Estados Unidos intervenía con activos de reserva en apoyo del dólar y sostenía con una flemma aparente que no respondía a su sentimiento profundo, que la inundación de dólares era problema de los países inundados, más que suyo. Todos estos expedientes no sirvieron para evitar una segunda realineación en catorce meses, a partir ahora de la pura devaluación del dólar respecto al oro en 10% (al fin y al cabo el problema es sobre todo del dólar, como lo prueban cerca de 20 años de balanza de pagos estadounidense deficitaria). Pero si la realineación de diciembre de 1971 dio unas relaciones cambiarias distorsionadas e ineficaces para el propósito de equilibrar las cuentas externas de los Estados Unidos, y de paso las de otros países grandes (como la Gran Bretaña), y para el de poner remedio a los arrasadores desplazamientos de capitales sobreacumulados y en disponibilidad perpetua, la de febrero de 1973 no garantiza, ni mucho menos, mejores resultados. De ahí, en parte, el fenómeno que se observa estas semanas de persistencia en buena medida de los mismos hechos que condujeron al 12 de febrero.

Merece destacarse, en particular, que en los países que han devaluado, si bien no es seguro que vaya a producirse el vuelco favorable de la balanza de pagos —independientemente de efectos “perversos” o no— sí parece inevitable una agudización del proceso inflacionario. Por lo menos, en Estados Unidos todo apunta hacia esa tendencia, máxime tras la suavización de los controles de precios y salarios. Una inflación de alta tasa puede anular rápidamente las ventajas que, en materia de exportaciones, son de esperar hipotéticamente de la devaluación. Es decir, lo que se gana por devaluar, se puede perder por alza de precios. El vuelco favorable de la balanza de pagos es factible sin devaluación y a veces no se logra con ésta; depende de una serie compleja de circunstancias. De todos modos, con el presente patrón dólar, Estados Unidos puede, mejor que nunca, exportar su inflación y comprar con dólares inconvertibles cuantas empresas estén a su alcance en otros países.

Lo indudable es que, tal como se ha anunciado firme y oficialmente en Washington por una parte y en las otras capitales de los países industriales por otra, hemos entrado de lleno en la fase de las hostilidades comerciales. Puesto que los tipos de cambio no bastan como instrumento para negociar concesiones en el comercio internacional —aquellos se consideran bases de partida para después ganar posiciones de fuerza mediante otras barreras comerciales más directas y enérgicas— las grandes potencias van a manejar aranceles y demás restricciones a los intercambios para evitar que las crisis económicas internas se intensifiquen. No hay que perder de vista que tras el torbellino monetario están los mercados de trabajo, de inversión, las tasas de utilidades, el ritmo de crecimiento, la paz social, etc.; esto es, todos los factores que dan el tono de la situación económica de un país. Exportar menos o poco, e importar más o mucho, puede reflejarse en desempleo, capitales ociosos, recesiones. . .

Existe plétora, o sobreacumulación, de bienes y servicios y de capitales, y los distintos países tienden a que operen en los otros las adversas consecuencias de tal estado de cosas. Pese a la utilización parcial de la capacidad productiva, pese a mercados de capitales incontrolados y que crecen prodigiosamente —como el del eurodólar, que pasa de los 70 000 millones de dólares— la sobreacumulación se hace sentir más y más y suscita problemas de difícil control y más difícil solución. Las corporaciones multinacionales manipulan activos líquidos que, a fines de 1971, ascendían a 268 000 millones de dólares. “Los espacios económicos vacíos”, por decirlo así, se van llenando, dentro de la caótica y contradictoria práctica del sistema, sin que en realidad se atiendan a las necesidades insatisfechas de las mayorías del mundo en desarrollo y de las zonas de pobreza de los propios países avanzados. En este cuadro se desenvuelve la crisis que se viene estirando varios años sin tocar su punto de ruptura.

Quizá —es una hipótesis entre muchas posibles— el mundo se encamina hacia la temida división en zonas o bloques monetarios comerciales en forma institucionalizada. La llamada solución europea, que no pudo aplicarse en 1971 y que en este febrero ha estado a punto de concretarse, quizá sea uno de los próximos pasos con qué contar; las monedas de la Comunidad Económica Europea flotarían conjuntamente, como una sola, respecto al dólar, en tanto que conservarían entre sí paridades fijas. De este modo rechazarían la inundación del dólar, fluctuarían en forma que no daría tanta ventaja a éste y proseguirían la constitución de una unión monetaria y económica al tiempo que consolidarían un bloque comercial con pretensiones de sólido y firme.